♦♦♦



♦♦♦

A Griselda un guiño amoroso a sus noventa años

Carmen Beatriz López Portillo

♦♦♦

Son muchas las razones para acompañar hoy a Griselda, festejar su vida, compartir su tiempo. Ningún lugar es más propicio que este Claustro, este espacio donde Sor Juana defendió —al igual que Griselda— la libertad y la palabra, el derecho de la mujer al conocimiento, al respeto y a la dignidad, para honrarla con palabras, con música, con flores.

Un ser humano como Griselda se escapa a toda definición, no se mantiene en el lugar que nuestras palabras le asignan. Este exceso, esta desmesura entre lo que ella es y lo que de ella sabemos nos mantiene alerta por obra de ese enigma.

Para hablar de ella no basta enumerar sus estudios y menciones, sus puestos y servicios, sus comisiones y cátedras, sus publicaciones y conferencias, sus distinciones y reconocimientos, o todos esos años meritorios como éstos, en los que ha entregado su ser, su capacidad, su vida, su soledad, a los otros, a todos esos otros que somos y hacemos familia, comunidad y patria.

Ningún ser humano es enteramente transparente —adivina el poeta— ni para los otros ni para él mismo, de ahí que no podamos con la palabra o la mirada abarcarlo en su completud. Acaso sólo con simpatía podemos acercarnos a su vida a partir de una intuición por la que nos transportamos al interior del otro para coincidir con lo que tiene de único y por consiguiente de inexpresable. Así, la forma que encuentro para hablar de Griselda es poniendo mi mirada en el horizonte ilimitado de su vida que se extiende más allá del cerco luminoso de todo lo logrado por ella y, desde el gozo de nuestro encuentro y la perplejidad de mi mirada, adivinar el símbolo que ella representa.

Griselda es una mujer de palabra, una mujer alquimista que ha transformado la realidad, sus contrastes, sus retos y acechanzas, en ritmo y armonía, en sonoridades que cruzan su existencia y sus afanes todos: la patria y sus leyes; su condición de mujer, sus sueños y vigilias, sus amores, su soledad y su agonía, instaurando el sentido de sus tiempos y estaciones, trascendiendo lo efímero, nombrándolo, para que escrito conste.

A través de la poesía Griselda indaga su propio enigma y la métrica de su tiempo, ofrecimiento sonoro de su ser, de su amor que conquista, que seduce por la anatomía de sus silencios y sonrisas; es la manera en que ella comparte la realidad, transformándola en música y sentido, ámbito de la resonancia que nos hermana, relación ética que nos hace salir de la soledad del ser, signo de vida que vence el tiempo y accede a la desnudez del rostro. Por eso no encuentro cómo separar el decir del ser de Griselda, cada rima, cada verso son el alma que acompaña su vida y la nuestra. En sus sonetos

♦♦♦

adivino sus amores, su soledad, los besos que la han acribillado y el humus de la tierra compartida, o los ojos de metal color tristeza. En su mirada proyectada en tantas páginas intuyo la estatura de todo lo callado, la verdad oculta en cualquier cosa; en su boca dibujada entre las líneas, vislumbro la sed urgida de alegría, y en su corazón henchido de futuro, el monosílabo claro y sempiterno. Las palabras son el ámbito de referencia de su vida, horizonte legítimo de su ser, clave de sol que atina la consonancia de su cosmos, expresión consumada del amor que la habita y nos conmueve.

Tal vez el hilo conductor que nos guía en su vida es la generosidad, el amor que sin razones se da como gracia, invención de su realidad enriquecida por el ofrecimiento del propio ser que se expone para darse, irremediable, abundante y vital; encanto caprichoso e imprevisible que inocente se expresa y se regala para revelar al profano la dimensión de la metáfora de su vida.

Así, pareciera que la columna que vertebra la vida de Griselda es la dimensión ética que se encarna en la preocupación por los demás y que parece que le sobreviene constante, como si viviera en la permanente responsabilidad del otro.

Doña Griselda es un ser responsable, uno de esos pocos seres que saben dar respuesta ante la realidad que le es presente, ante el llamamiento urgente unas veces, callado y marginal las más, del otro. Doña Griselda vive emplazada por la mirada de esos otros, requerientes, más sensible es aún a las voces femeninas ante las cuales ha acreditado con su vida que no es, que no puede, que no sabe, que no quiere ser indiferente.

Doña Griselda supo tomar la palabra cuando muchas mujeres, éramos sólo silencio, tomó la palabra, y la hizo palabra de mujer, ésta ha sido, tal vez, su más larga tarea, un compromiso cotidiano asumido para la vida entera. Griselda ha vivido su vida de cara a la dimensión femenina y sus posibles. Con su ejemplo ha ayudado a rescatar para la mujer no sólo la palabra sino el ámbito del ágora y la polis, la dimensión de lo público, ahí donde no reina la necesidad sino la libertad.

Con su palabra, Griselda ha contribuido a nombrarnos, a construir nuestra morada, a recuperar nuestra palabra e imagen usurpadas, a reinventar la propia geografía, no desde el orden, desde la definición impuesta y discriminatoria, desde una visión rígida, triste y rutinaria, sino desde la metáfora poética, desde el guiño y la sonrisa, desde la ternura de sus manos decididas que han dejado en México su huella.

Tal vez lo que con su vida y su palabra nos ha mostrado, es el lenguaje de la libertad, de la palabra y la acción liberadora que otorga a la mujer, a todo ser humano, el espacio que esté dispuesto a inventarse, el lugar del asombro perpetuo, de lo innombrable, de lo aún no significante.

Doña Griselda nos lleva más allá de la idea que de ella tenemos, tal vez porque ella ha sabido elegir una forma de ser, ha sabido decidir su vida, gestarla, construirla, soñarla, defenderla, decirla, sufrirla y convivirla. Su vida nos muestra, por la vía de la ejemplaridad lo posible humano y femenino. Acaso su legado más importante sea el amor a la vida en este tiempo que venera el horror.

Honrarla no significa sólo rendir honor a quien honor merece, sino interrogar su vida para ayudar a dar respuesta a la nuestra, para que en diálogo permanente el mundo juntos inventemos.

Griselda es un ser elegido, pero no como titular de un privilegio, sino como el asiento de una responsabilidad que con su ejemplo nuestra vida compromete.

Griselda es un ser excedido que se da en la palabra, en el amor, en la vida no por carencia, no por insuficiencia, no por indigencia, sino por abundancia, por exceso.

Decía al principio de estas líneas que son muchas las razones para acompañar a Griselda, pero tal vez la única que realmente importa es el amor que no tiene explicación ya que es él lo que explica todo aquello que de él emana. El amor es la razón suficiente de la vida, intermediario privilegiado entre yo y el otro que se cumple en el tiempo y la palabra. Griselda sabe que estamos hoy aquí sobre todo por el amor que le tenemos. ♦